

da á punto de mudar de monasterio, la madre de Dios le dió palabra de que por ella tendria siempre particular cuidado de su primera casa. Consuela leer las gracias que hizo María por santa Brígida. Por amor de ella armó de todas armas á su hijo Cárlos como á un verdadero caballero cristiano, le recibió bajo su proteccion y le defendió contra todos. Por amor de ella asistió á su hermano Israel contra los infieles y le auxilió en muchas ocasiones y especialmente en la mas importante de todas, que es la de la hora de la muerte. Por amor de ella descubrió muchos secretos á su confesor y le infundió una luz celestial tanto para la inteligencia de las sagradas escrituras como para el conocimiento de las cosas interiores. Por amor de ella libró á su marido de los recios asaltos de los enemigos invisibles al pasar de esta vida á la otra. Por amor de ella ahuyentó á las cuadrillas infernales que atormentaban á una de sus damas al aproximarse la última hora. En una palabra por amor de ella se empleó de mil maneras en favor de sus criados y de las otras personas que le recomendaba la santa. De aquí colijo que no hay dicha en el mundo igual á la del favor de la madre de Dios, porque teniendo ella sola mas poder que todos los bienaventurados juntos, no pueden menos de ser grandes aquellos á quienes ha entregado su corazon. Decia un dia el valiente Temistocles que su hijo Diófanes era el señor mas poderoso de la tierra, y lo inferia de que los griegos poseian el imperio del mundo, los atenienses daban leyes al resto de la Grecia, él mandaba á los atenienses, su mujer á él, y su hijo alcanzaba de su madre cuanto deseaba. Si los privados de la madre de Dios quisieran subir por los mismos grados, hallarian al fin que son omnipotentes, porque supuesto que toda la felicidad imaginable está en manos del Padre eterno y este ha dejado á su hijo la disposicion plena de aquel; supuesto que el Hijo ha entregado á su madre las llaves con un po-

der absoluto, segun he mostrado en otro lugar, y la madre no puede negar nada á aquellos á quienes ama tiernamente; ¿qué falta sino que todo lo que Dios posee, esté á su disposicion y que su valimiento se extienda tan lejos como el de la reina del cielo? ¡Mil y mil veces dichosos aquellos á quienes ha cabido tal suerte! Gocen enhorabuena de tanta dicha, ¡y ojalá nosotros por su mediacion hallemos acogida en aquella cuya proteccion y favor han ganado!

§. IV.—De las finezas que la madre de Dios hace á sus privados; tercer efecto del favor.

S. Bernardo.

I. Quien quitase al favor la privanza, le quitaria lo mas precioso que tiene. Con efecto el corazon del rey vale mas que sus presentes, y el franquearle á sus amigos es mas de apreciar que cuantas dádivas puede hacer. Verdad es que es muy difícil amar apasionadamente sin que se efectúe esta comunicacion, porque el amor es un poderoso encanto, que va en derechura al corazon y saca de él los mas intimos pensamientos. Dios mismo no pudo menos de amar así, y leemos en el capitulo XVIII del Génesis que el amor le forzó á descubrir á Abraham uno de sus mas grandes designios. Moisés trataba familiarmente con él como un amigo con otro. Así no es extraño que los hombres sean arrebatados por los impulsos suavemente fuertes de su corazon cuando están poseidos del amor, pues Dios mismo se libra de ellos con dificultad. El emperador Tiberio era un hombre muy disimulado y artero en su gobierno; no obstante no podia contenerse cuando veia á su privado Seyano, y le descubria enteramente su pecho. Alejandro no sabia cómo obsequiar á su amigo Efestion: se alegraba cuando tenian á

este por el rey, y decia que era otro Alejandro. Por muy secretas que fuesen las cartas que leia este principe, se acercaba su amigo y las leia por detras, sin que se diese por ofendido Alejandro. El emperador Augusto habia hecho tan poderoso á Mecenas, que dividia su privanza con Agripa, tan querido de él como podia serlo; pero lo que manifestaba mas claramente el afecto que le profesaba, era la facultad que le habia dado de abrir sus cartas, aun las dirigidas al senado. César no podia ocultar nada á Oppio, y como este hubiese caido enfermo en un camino y hubiese tenido que guarecerse bajo de un árbol, no fué posible separar á César de su lado en toda la noche á pesar del mal tiempo y de las reflexiones que se le hicieron. Salomon fué el mas sabio de los hombres, y no obstante tuvo un confidente, Zabud, hijo de Natan, á quien la sagrada escritura califica con el nombre de sacerdote amigo del rey. Viendo el docto Cayetano que no se le podia llamar sacerdote por estar destinado al ministerio del altar, pues no era de familia sacerdotal, afirma que se le dió ese nombre porque el rey le respetaba como á un sacerdote, y porque el confidente tenia facultad de penetrar los pensamientos mas ocultos de su soberano cuando le parecia bien. Vé ahí el punto mas alto donde pone sus miras la ambicion de los cortesanos del mundo. Pero todo esto no es mas que naderías y como juegos de niños, si se compara con las finezas del cielo y los testimonios de cariño de María santísima para con sus mejores amigos. Con efecto ¿en qué se asemejan todas las delicias terrenas á las que experimentó S. Bernardo cuando la Virgen le regaló con su presencia y sus especiales finezas y cuando vino en persona con los gloriosos S. Lorenzo y S. Benito para sanar con su contacto una violenta fluxion que el santo padecia? No parece sino que María queria jugar con él, cuando al mismo tiempo que le restituyó la salud, le hizo ver en sueños un barco

que bogaba á la orilla del rio y despues de haber llegado á ella era de pronto rechazado y llevado de la corriente; queriendo darle á entender con esto nuestra señora que por aquella vez arribaria muy cerca del puerto y tendria la muerte próxima; pero que recobraría la salud para continuar los ejercicios de piedad con mas fervor que antes.

S. Fulberto.

II. Ya antes se habia concedido este mismo favor á S. Fulberto, obispo de Chartres, una vez que se vió atormentado de una dolorosa inflamacion de la lengua. La Virgen se la curó de la misma manera que á san Bernardo, y en memoria de este suceso se conserva en el archivo de la iglesia de Chartres el pañuelo con que el santo se enjugó la mejilla. Tambien S. Pedro Damiano, reducido al último trance de resultas de una grave enfermedad, recibió la salud por la asistencia de la Virgen, que se le apareció y le dejó sano y bueno en términos de poder levantarse al punto é ir á la iglesia con gran asombro de cuantos le habian visto postrado en el lecho.

Santa Catalina de Sena.

III. ¿Qué cosa hay en la familiaridad de los magnates que iguale á las gracias con que fué favorecida del cielo santa Catalina de Sena? Siendo de cinco años de edad tuvo inspiracion de Dios para darse enteramente al servicio de su santa madre, y desde entonces siempre que subia la escalera de su casa, se arrodillaba en cada escalon y rezaba una *Ave Maria*; pero le solia acontecer ser llevada por los ángeles sin tocar los escalones. En edad todavía muy tierna fué inspirada interiormente para que pasara el Carnaval en extraordinarios ejerci-

cios de piedad y práctica de buenas obras á fin de aprovechar las gracias que desperdiciaban los demas por la licencia de aquellos dias. El cielo se lo pagó bien, porque una vez se le apareció el Salvador acompañado de su madre santísima, de S. Pedro, de S. Juan evangelista, de santo Domingo y del profeta David, que cantaba melodiosamente al son de su arpa. La Virgen se llegó á Catalina, le cogió la mano y extendiéndole los dedos suplicó afectuosísimamente á su hijo que la tomase por esposa. El Señor lo otorgó al punto diciendo: «Hija mia, yo tu criador y salvador te tomo por esposa y te doy mi palabra y mano: cuida de portarte desde hoy animosamente en mi servicio.» Y para que estuviese cierta de la verdad de la vision, le dejó en el dedo un anillo con una rosa de piedras preciosas, en medio de las cuales habia un riquísimo diamante, que ella sola tenia el privilegio de ver. ¡Cuántas veces fué favorecida con las gustosas visitas de Jesus su esposo y de Maria! ¡Cuántas rezaron con ella el oficio! ¡Cuántas le hicieron compañía aun estando ocupada en las faenas domésticas, como cuando la Virgen la ayudó á hacer pan para los pobres, que salió extraordinariamente sabroso, aunque estaba echada á perder la harina!

Santa Catalina de Alejandria. La beata Maria Razzi. La beata Osanna.

IV. En las crónicas de las órdenes y en las leyendas de los santos leemos haber sido otorgada esta misma gracia á muchas siervas de Dios. Ya se habia concedido á santa Catalina de Alejandria, y despues la Virgen puso una preciosa corona en la cabeza á la beata Maria Razzi, religiosa dominica; le dió el título de reina en presencia de un coro de virgenes que la acompañaban;

y la desposó con su divino hijo entregándole en señal de este celestial desposorio un anillo de mucho valor. Lo mismo hizo con la beata Osanna de Mantua, religiosa de la misma órden. Le dió su hijo por esposo en presencia del rey David: la enseñó á leer y escribir con su mismo hijo cuando era pequeña; y la hizo ver en la vigilia de la Natividad por la noche y en el dia de la Purificacion todo lo que habia pasado en aquellas dos fiestas, lo mismo que si hubiese estado presente. Tambien la obligó á coger en brazos al niño Jesus y acariciarle á su sabor no obstante las excusas que daba por reconocerse muy indigna de un favor tan extraordinario.

S. Felipe Neri.

V. ¿Qué palabras bastarian para expresar la dulzura que inundó el corazon de S. Felipe Neri, cuando en el año 1594 estando enfermo y en peligro de muerte fué visitado por la reina de los ángeles y colmado de tan gran gozo, que por querer seguir á nuestra señora en cuerpo y alma quedó por un rato levantado mas de un codo de la cama, deshecho en lágrimas y arrancándolas muy copiosas de los ojos de cuantos le oian hablar con mucho fuego á Maria santísima? Decia él á nuestra señora de lo intimo de su corazon: Oh madre amabilísima, ¿cómo has venido aquí para restituirme la salud, y quién soy yo para que merezca tan insigne favor?

Santa Maria de Oignies.

VI. ¿Quién podrá figurarse lo que pasaba en el corazon de la bienaventurada Maria de Oignies, cuando iba todos los años por devocion á visitar la iglesia de nuestra señora de Oignies, que está á una legua de su patria Nivelles en el Brabante? Por lo comun escogia la estacion

mas rigurosa del invierno y salía descalza con una criada: ayunaba aquel dia y aun el siguiente, y se iba por un camino agrio que no sabia bien; pero delante de ella caminaba una luz del cielo y la sostenian dos ángeles, uno de un lado y otro de otro. Muchas veces sucedió que estando lloviendo á cántaros volvió á su casa sin haber recibido una gota de agua.

La beata Juana de la Cruz.

VII. Entre todos los favores y larguezas con que el mundo halaga á sus adoradores, no hay nada comparable á los amorosos éxtasis de la beata Juana de la Cruz, religiosa de la tercera orden de S. Franciseo. Siendo portera del convento de la Cruz en sus primeros años de religion, se le apareció el niño Jesus; pero como ella alargase las manos para cogerle, llegó la Virgen santísima, la cual le tomó en sus brazos y se le llevó al cielo acompañada de una tropa de espíritus angélicos, que cantaban y tocaban en armonioso concierto. La sierva de Dios quedó muy afligida porque nuestra señora la habia juzgado indigna del consuelo que esperaba; pero la madre de bondad no la dejó mucho tiempo en tal amargura, pues le manifestó que acudiese bajo de una higuera del huerto, á donde no tardaria ella en ir. Juana despues de cumplir la obediencia se fué á toda prisa al lugar señalado, donde halló el gozo del cielo. Entonces postrada hasta dar con el rostro en tierra adoró á Jesus y á su madre y gozó mucho tiempo de aquella vision delectable. Tenia tan embargados sus sentidos y potencias, que aunque llamaron á la puerta, no lo oyó hasta que la avisó la Virgen. Entonces fué prontamente á cumplir su obligacion y volvió al sitio donde habia dejado su corazón y su amor, acompañada de algunas monjas que sospecharon lo que era por verla extraordinariamente res-

plandeciente é inflamada. Dios lo permitió así, para que ellas pudiesen atestar lo que habian visto y oido acerca de las finezas con que su bendita hermana era regalada por Jesus y María.

VIII. Accedo gustoso á que se saque la quinta esencia de los favores del mundo para ver si llega á una sola gota de la celestial dulcedumbre que inundaba el corazón del glorioso S. Martin, cuando la Virgen santísima le visitaba y confortaba con sus frecuentes visitas, como decia él mismo segun testimonio de Severo Sulpicio. Lo mismo digo de S. Nicolás, S. Ildefonso, S. Lorenzo Justiniano, S. Carlos y otros muchos, á quienes se apareció tantas veces nuestra señora. Que me digan los validos de la tierra si todas sus privanzas y todos los favores que han recibido, pueden compararse á la menor plática de la Virgen con santa Gertrudis, santa Matilde y otras muchas, á quienes descubrió ella los arcanos del cielo y dió la inteligencia de los misterios mas incomprensibles de nuestra religion.

El beato Herman de Steinvald.

IX. Estoy seguro de que los que se desdennan tanto de creer las gracias mas extraordinarias de Dios, no admitirán nunca lo que está escrito del beato Herman de Steinvald y de los testimonios de inefable cariño que le dió la Virgen. Descendia de una casa muy distinguida de Colonia, y desde su niñez fué tan inclinado á amar y honrar á la Virgen santísima, que aun no tenia siete años y ya se retiraba á una iglesia cuando los otros niños iban á divertirse. Allí con la sencillez de la paloma jugaba ya con la madre, ya con el hijo, ofreciendo á la una y al otro lo que tenia en las manos. Desde entonces le dió María una fruicion anticipada de los favores y gracias que habia de concederle con el tiempo, como sucedió una

vez que la imágen de la Virgen alargó la mano para coger una manzana que le ofrecia el niño. Otra estando solo en la iglesia vió sobre el atril del coro á Maria santisima con S. Juan evangelista y en medio de ellos el niño Jesus, que jugaba ya con el uno, ya con el otro. Entonces oyó que la cariñosa madre le llamaba; pero Herman respondió: ¿Cómo quieres que vaya allá, si el coro está cerrado y no tengo escalera para subir? La Virgen le prometió su auxilio y le levantó, por cuyo medio pudo el inocente siervo de Dios gozar de aquella bendita compañía con inexplicable contento hasta la hora de visperas. Pero cuando subia le aconteció ser punzado con la punta de un clavo en el sitio del corazon, sin que quedase rastro alguno de la herida; lo cual tuvo despues por certisimo presagio de los muchos trabajos y persecuciones que sufrió. Habiendo venido sus padres á mucha pobreza, tenia él que andar descalzo; de lo que se compadeció la madre de misericordia. Un dia que Herman estaba en oracion en el templo, segun su costumbre, le mandó nuestra señora levantar una losa, sacar el dinero que allí habia, y comprarse un par de zapatos, añadiendo que siempre que se viese acosado de alguna necesidad, encontraria en el mismo sitio dinero para socorrerse. Asi le sucedió muchas veces. Era todavia muy jóven cuando entró en la órden de premonstratenses, donde dió desde luego pruebas de una santidad insólita. Desde el principio se aplicó á los ejercicios de Marta; de lo cual tuvo algun sentimiento, porque le parecia que así se privaba de la mejor parte de Maria. Pero la amorosa Virgen le consoló manifestándole que no podia hacer ninguna cosa mas agradable á ella que el dedicarse enteramente al servicio de sus hermanos con verdadero espiritu de caridad y humildad. No obstante al poco tiempo le permitieron los superiores gozar de la quietud de la santa contemplacion, en la que hizo extraordinario aprovechamiento,

especialmente en el trato familiar con la reina del cielo. Nunca hubo madre que acariciase mas á su hijo que la Virgen á Herman. A cada paso le llamaba y él al punto respondia. Ella le preguntaba mil cosas, y él reciprocamente le hacia las preguntas que le ocurrían. Maria le recomendó á ciertas monjas, á quienes debia visitar él por obediencia, y les dijo que iba á verlas su capellan y que le recibiesen como á tal. Un dia se le apareció con una escudilla de vidrio en la mano, en que habia un poco de aceite, y le preguntó si querria tomársela por amor suyo. Herman respondió que haria cuanto hay que hacer en el mundo por agradarla, y la Virgen le manifestó que aquella escudilla representaba el Cantar de los cantares, que queria la Señora fuese interpretado en honor suyo por el siervo de Dios, aunque al parecer habian agotado los expositores todas las interpretaciones. Para satisfacer este deseo de Maria se retiró Herman á un lugar solitario á fin de prepararse con el retiro y la oracion á adquirir la inteligencia de los profundos misterios encerrados en aquel libro.

X. Pero el siguiente favor excede cuantos pueden imaginarse. No sé por qué secreta inspiracion comenaron los otros monjes á darle el nombre de José, quizá por el pudor mas que virginal que se descubria en todos sus actos. Herman se quejó de esto al abad; pero á la noche siguiente estando en oracion en la iglesia delante de la silla del prelado vió á una señora de extraordinaria majestad y á sus lados dos ángeles mas bellos que el dia; y empezó el uno á decir al otro: ¿Con quién se desposará esta virgen sin igual? ¿Con quién quieres que se despose, repuso el otro, sino con el que ves aquí delante de ti? El pobre Herman quedó tan atónito y confuso, que se hubiera escondido en el centro de la tierra; pero uno de los ángeles le llevó delante del altar, le cogió la mano, que le temblaba más que la hoja en el árbol,

y la unió á la de la Virgen diciendo: «De parte de aquel á quien sirvo, te doy por esposa la Virgen de las virgenes, y con el título de esposo te confirmo el nombre de José.» Despues de este favor comprobado con tantos milagros y tantos rasgos de santidad ¿quién extrañaria que la madre de amor le visitase con frecuencia y le pusiese en los brazos su querido hijo, para que le llevara á semejanza de S. José; que le advirtiese tuviera cuidado con el brazo despues de una sangría; que le volviese á colocar en la boca dos dientes que se le habian caído de resultas de un golpe; que quisiese llamarse su rosa; en una palabra que le hiciese otras innumerables finezas muy largas de contar?

Santa Brigida.

XI. ¿Quién ha oido hablar jamás de una dulcedumbre semejante á la que sintió santa Brigida la noche de Navidad? De pronto sintió en su corazon un gozo inexplicable, acompañado de un estremecimiento como de un niño que pernease dentro: este movimiento duró tanto tiempo, que pudo la santa para librarse de ilusiones hacerle observar despacio á algunas personas espirituales y piadosas. Pero la Virgen se le apareció otra vez al tiempo de la tercera misa y le advirtió que no temiese los ardides de Satanás, porque aquel era un favor debido á su generosidad, para que la santa participara en algun modo de las delicias que inundaron su corazon cuando concibió al Verbo divino, y para que supiese que así como aquel movimiento y gozo extraordinario habian embargado de pronto su corazon sin advertirlo, del mismo modo ella sintió despues de las palabras del ángel moverse en sus entrañas no sé qué cosa divina, que le causó un regocijo conocido solo de Dios y de la Virgen.

Santa Inés de Montepoliciano.

XII. Esta gloriosa santa, hallándose en oracion un dia, vigilia de la Asuncion, quedó absorta en las delicias del triunfo de la Virgen santísima. Entonces rogó á esta señora que la permitiese ver á su amado hijo; lo que le fué concedido: María se le apareció con el rostro inflamado, como estaba cuando parió al hijo de Dios, y le puso este en los brazos. El casto corazon de Inés se inundó de tal dulcedumbre, que no hubiera podido sufrirlo á no haberla confortado la madre de bondad. Al fin tuvo que devolver el precioso depósito; pero se quedó con una prenda, que sirvió para probar el favor que habia recibido: era una preciosa cruz que el niño Jesus llevaba al cuello, y que hoy se enseña solemnemente el dia primero de mayo en confirmacion de tan portentosa maravilla.

La beata Eustoquio.

XIII. Voy á presentar otros dos ejemplos sucedidos á dos religiosas de santo Domingo. La primera es la beata Eustoquio, que murió el año 1508. Siendo atormentada esta sierva de Dios de un vehemente deseo de ver al niño Jesus en una larga y molesta enfermedad que la tenia postrada en cama, empleó tres dias enteros en pedir esta gracia á la Virgen inmaculada. Pasado este tiempo, fué llevada en espíritu á una casita pobre, donde vió al niño Jesus tendido sobre un poco de heno y á su madre de rodillas adorándole. No paró aquí su dicha, porque tuvo tiempo de besar y estrechar en su seno al divino niño, que la Virgen le puso en los brazos, y hasta logró abrazar á la madre. Afirmaba haber recibido tanto contento de esto, que creía no hubiera podido vivir mas á no haber vuelto en sí. Cuando le

preguntaban despues cómo eran el niño Jesus y su madre, no podia decir sino que los dos eran tan hermosos y agraciados, que no hay palabras en el mundo para retratarlos.

La beata Lucia de Marny.

XIV. Esta sierva de Dios murió en Marny en Italia el año 1341. Estando una vez en la iglesia á la edad de cinco años, se puso á mirar de hito en hito á una imágen de la Virgen con el niño Jesus en los brazos, y su corazon quedó enamorado. Entonces Maria santisima le preguntó si queria que le diese su hijo, y como Lucia respondiera afirmativamente, se halló de pronto con el niño Jesus en los brazos: pero tan hermoso y lleno de donaire, que Lucia no podia hartarse de mirarle. Asi se salió de la iglesia y se llevó consigo aquel tesoro: todos los que la encontraban, se admiraban de que una niña tan pequeña llevase aquel niño hermosísimo y temían que por sus pocos años le dejara caer de los brazos. Pero no habia que temer, porque el que sostiene todas las cosas, tenia bastante fuerza para sostenerse á sí mismo. Llegó á su casa con el precioso depósito, le echó en su cama y por espacio de tres dias le estuvo acariciando con asombro de toda su familia. Se observó que durante aquellos tres dias estuvo la imágen de la Virgen sin el niño, el cual se volvió invisiblemente á los brazos de su madre pasado aquel plazo.

XV. Una cosa parecida aconteció á santa Angela de Foliño el dia de la Purificacion. Se le apareció la virgen Maria con el niño en los brazos, y como si estuviera fatigada del camino, se sentó y puso su precioso depósito en manos de Angela, que le estrechó en su corazon. Por un lado estaba absorta al ver la majestuosa belleza y el continente regio de la madre de Dios; por otro

el niño era capaz de quitarle la vida de gozo y contento, porque en un instante le vió dormido y embargado de un dulce sueño, del que temia despertarle; pero de allí á poco abrió él sus divinos ojos mas brillantes que dos luceros, y se difundió sobre su semblante una majestad tan agradable, que no pudo ya dudar Angela de que en aquel cuerpecito estaba oculto un Dios. El niño miró por un rato á Angela con unos ojos tan hechiceros, que le robaba el alma, y le dijo que habia venido á ofrecerse á ella para que ella se presentase á él; lo cual hizo Angela de lo íntimo de su corazon y enajenada de amor.

San Jacinto.

XVI. ¿Qué lengua podrá declarar la suavidad de la celestial llama que abrasó á S. Jacinto, cuando estando en oracion ante el altar de la Virgen una vispera de la Asuncion la vió rodeada de una luz mas resplandeciente que el sol y la oyó decir que por su mediacion alcanzaria cuanto pidiese á su hijo? En testimonio de ello cantaron y tocaron los ángeles con tan armonioso concierto, que bien se echaba de ver ser aquella música del cielo.

XVII. Parece que aquí oigo á algun sabio mundano reirse de cuanto llevo dicho, teniéndolo por fábula ó por parto de una imaginacion acalorada. No hay que esperar otra cosa de esos hombres, que hacen consistir toda la excelencia de su ingenio en no creer mas que aquello que ven con sus ojos. Si se los oye hablar, no parece sino que tratan de dar la ley á Dios y limitar sus gracias, y porque ellos estan muy lejos de entrar á la parte de semejantes familiaridades, se gozan en creer que no hay nada mejor en la práctica que lo que ellos experimentan en sí. A mi juicio en esto se advierte tanta ignorancia como presuncion, porque así como por una

parte es una gran señal de soberbia tenerse uno por el único sabio, persuadirse á que se han equivocado tantos hombres doctos que examinaron esas gracias privilegiadas, echarla de teólogo sin entender quizá una palabra, resolver en materias de que no se tiene ningun conocimiento, juzgar de las cosas interiores como de un prado ó un huerto y dudar generalmente de todos los hechos parecidos que se leen en las vidas de los santos; tambien por otro lado es una pequeñez de entendimiento imáginarse que Dios no puede mas que aquello que hace en las almas de condicion ordinaria, ó que no tiene otros favores para los que le aman de todo corazon y hacen y padecen por él grandes cosas, que aquellos que dispensa al comun de los hombres contentos con no ser malos. Todo el que juzgue así, tiene pensamientos muy bajos de Dios y está muy lejos de comprender las infinitas dulcedumbres de que el Señor hace participes á los que por amor suyo se privan de todas las demas delicias, viven solo para él, cumplen á mas de los mandamientos los consejos evangélicos y estan prontos á la menor señal de la voluntad divina.

XVIII. Es verdad que esos favores no dejan de existir porque ellos no los crean: que los que los disfrutan, se curan poco de la aprobacion de tales doctores, y por el contrario dicen con la esposa: «A mí sola mi secreto; á mí sola mi secreto»; y si no los precisara la caridad ó la gloria de Dios, se guardarian de descubrir tales finezas. Pero importa á esos espíritus indóciles, á quienes me dirijo, tener mejor opinion de Dios y de los que este se sirve honrar, especialmente porque mostrándose tan escrupulosos rebajan extraordinariamente la ley de la plenitud de gracia. Con efecto ó no han de creer lo que se dice de la familiaridad de Dios con Abraham, Moisés y algunos otros, ó han de confesar que Dios ha cerrado la mano y cercenado sus finezas; en lo cual no

consentirá jamás ningun hijo verdadero de la iglesia católica. No quiere decir esto que yo infiera que se ha de creer y admitir todo. Sé muy bien que segun el Sabio (1) el que cree de ligero, es de corazon liviano; y S. Juan dice (2) que probemos los espíritus para ver si son de Dios. Pero asiento en primer lugar que este oficio no es para todos, porque si se llaman peritos para zanjar una disputa sobre un campo ó una viña, y si en los asuntos de menor cuantía de la vida humana se refiere uno al juicio de los inteligentes, ¿habremos de decir que hay libertad de conciencia en un negocio tan trascendental y sembrado de tantas dificultades? ¿Habrà de tratarse esta ciencia profundísima por manos profanas, y habrán de ser todos entendidos en ella? En segundo lugar sostengo que cuando las cosas estan bien autorizadas, lo mas seguro es no ser tan reacio, considerando que Salomon nos advierte (3) que cuando se trata de juzgar de Dios, nos inclinemos siempre al lado de la bondad y la busquemos con simplicidad de corazon, y que el Salvador glorificó á su eterno Padre porque habia escondido estas cosas á los sabios y se las habia manifestado á los pequeños y humildes.

§. V.—De las causas del favor de la Virgen santísima y de los medios de adquirirle y conservarle.

I. Si se tratara aqui de explicar todos los medios de que se ha valido y vale diariamente la industria humana para conseguir el favor, seria menester conocer todas las llaves que abren el corazon humano, es decir, todo cuanto es capaz de robar su afecto. Esta tarea seria bien

(1) Eccli., XIX.
(2) I Joan., IV.

(3) Sep., I.

larga, porque los genios son tan diversos como los hombres, y otro tanto varían igualmente los medios de ganar á estos. Unos entregan su corazón y conceden su favor por una nada, como el emperador Adriano que se contentaba con la gracia y donaire de Antinóo, Jerjes que tomaba por moneda corriente las lisonjas y aplausos de Macedonio, y Soliman que no tenía otro motivo para amar al bajá Ibrahim que el haberse criado con él. Otros venden sus favores por un imperio ó por cosas de igual cuantía. Bayaceto II amaba con predilección á Acomete, porque este le había puesto la corona en la cabeza. El rey Darío quería á Zopiro como á su propio hijo, porque este se desfiguró el rostro á fin de poder entregar á su amo la ciudad de Babilonia que tanto deseaba. Unos se han aficionado á los que congeniaban con ellos. Alejandro, que era bueno y generoso, se complacía con Efestion y Antipatro, porque conocía que aquel le amaba á él y este quería la felicidad del estado. El emperador Augusto, príncipe de paz y de guerra, amaba á Mecenas por su apacible índole y á Agripa por su valor. Por esta misma calidad Axallá se congració con Tamerlan, y Scanderberg con Bayaceto I. Y si es cierto lo que cuenta Tácito en sus Anales que el cariño del emperador Tiberio á Seyano nació de que este le salvó la vida cubriéndole con su cuerpo en la ruina de una gruta, donde estaban comiendo y donde los dejaron solos los demás, á nadie le parecerá mal este agradecimiento. Pero bien considerado todo, se verá que el favor del mundo tiene siempre algo de terreno, y que es difícil descubrir ninguno que no tenga alguna mezcla de interés; al revés del favor del cielo, que es enteramente desinteresado, regio y santo. Aquí tendría yo mucho que decir del favor de la madre de Dios; pero me contentaré con reducirlo á las cuatro proposiciones siguientes.

II. La primera es que debemos de tener por punto

resuelto que el principio de esta amistad no depende de nuestros méritos y es un mero favor de la Virgen santísima, la cual pone sus ojos y su corazón donde quiere, sin buscar en nosotros las causas de su afecto maternal. En esto participa de la grandeza de Dios, de quien es propio dar sin haber recibido y hacer bien sin ser movido más que por sola su bondad. «Dios por su gracia, decía S. Agustín (1), nos preserve del necio y presuntuoso pensamiento de que nos hemos adelantado á su liberalidad por algún mérito, porque en todo y por todo nos previene su misericordia, y de él canta el salmista con toda fidelidad: «Le preveniste con las bendiciones de tu dulzura.» Un poco después enseña que estas bendiciones de dulzura no son otra cosa que ciertos impulsos buenos, que nos atraen al amor de la virtud y de la honestidad; impulsos tan necesarios, que sin ellos no solo no acabariamos nunca ningún bien, pero ni aun sabriamos comenzarle. Esta excelente calidad de la reina del cielo y esta ventaja incomparable de su favor deben de causar en nosotros un humildísimo reconocimiento; porque la verdad es que nosotros no la hemos escogido los primeros, sino que se anticipó su bondad y con invenciones admirables de amor nos convidó á tener parte en su favor.

III. La segunda es que aunque previene á los hombres no solo sin ninguna especie de obligacion, sino aun sin buscar en ellos ningunos motivos para hacerlos participantes de su favor, no por eso se ha de pensar que los prevenga á todos con una misma abundancia de gracias: porque digo en proporción de la madre de Dios lo que S. Cirilo de Jerusalem dice del Espíritu Santo (2):

(1) L. 2 contra duas epist. Pelag., c. 9. (2) Cateches. 16.

«que aunque es uno, sus gracias son muy diferentes y desiguales, y las distribuye como le parece bien. Nuestra señora no sale á recibir á todos con el mismo semblante, ni mira con los mismos ojos á todos los que llama. Hay diversas mansiones en el palacio de su favor lo mismo que en la casa de Dios; y aunque todos sus cortesanos son grandes, no todos estan igualmente aventajados, ni aspiran á una misma grandeza. ¿Quién se atreverá á mirarla con malos ojos, porque use de su poder como le parezca mas conveniente? ¿Quién vituperará en ella lo que no lleva á mal en los hombres? Aquellos á quienes la Virgen ensalza sobre los demas, le tienen una obligacion inapreciable; pero por pequeño que sea el favor que comunica á los otros, siempre es mayor del que agradecerán jamás.

IV. La tercera es que en su corte no se ven esas criaturas del favor, que no tienen ningun mérito que obligue á quererlos ni antes ni despues de ensalzados. «Dios no da las cosas santas á los perros, decia el ya citado S. Cirilo (1); mas donde ve un sugeto bien dispuesto, imprime en él el sello de la gracia.» Lo mismo hace la Virgen; porque si bien escoge á los suyos sin atender á los méritos, no obstante detiene la fuente de sus larguezas en el caso de que ellos no correspondan. Necesita de esos Belisarios que honren el favor y merezcan sus aumentos por conquistas continuas, es decir, unos corazones esforzados y generosos, que con el estímulo de los dones recibidos se consagren á obrar mejor y se granjeen nuevos beneficios. Asi la reina del cielo hace grandes á todos sus validos, porque en su palacio los que quieren estarse con los brazos cruzados y sin trabajar, no pueden ser bien recibidos, ni aspirar á nuevos favores.

(1) Cateches. 1.

V. La cuarta es que tantos medios como hay para aprovechar en la virtud y medrar en la gracia de Dios, otros tantos hay para aumentar su valimiento con ella, porque su favor no es mas que una participacion del de Dios, y los mismos grados que nos aproximan al hijo, nos acercan tambien á la madre. No obstante puede decirse en particular que se gana extraordinariamente por el amor reciproco que le manifestamos, por un afecto cordial á su hijo, por una completa y firme confianza que tenemos en ella, por una verdadera imitacion de sus heróicas virtudes y por otros muchos servicios, en cuya enumeracion no quiero entrar, porque han de servir de materia á todo el tratado cuarto. Pasemos al cuidado que esta señora se digna de tener de los suyos.

CUARTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO V.

QUE TIENE EXTRAORDINARIO CUIDADO DE LOS SUYOS.

El proverbio comun entre los antiguos que los ojos siguen siempre al corazon, es decir; que donde se inclina nuestro amor, alli tambien está fijo nuestro cuidado. Y me parece que puede decirse con verdad que cuando el amor es ardiente, no le bastan los dos ojos, sino que necesitaria tantos como tenia Argos segun los poetas, á fin de satisfacer al corazon, que siempre anhela por agradar. S. Epifanio llama justamente por esta razón